

FERRATER MORA, JOSÉ, *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*.
Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1957, 141 págs.

José Ferrater Mora, ampliamente conocido por su excelente *Diccionario de Filosofía*, nos ofrece este estudio sobre la filosofía de don Miguel de Unamuno, que no es ni una edición más del libro anterior del autor, publicado con el mismo título en 1944, ni otro *libro* completamente diferente, sino un *libro* nuevo, reescrito en su totalidad, y al que se le han agregado dos nuevos capítulos: uno sobre el concepto

de ficción en Unamuno, otro sobre el de realidad. Trata de establecer el núcleo fundamental del pensamiento de don Miguel, no de agotar sus temas, ni de estudiar su evolución completa. La obra se compone de siete capítulos y de un apéndice bibliográfico, en el que se incluyen todos los libros publicados por Unamuno, más una bibliografía de estudios, selecta y comentada.

Unamuno, para Ferrater, no está ubicado por todos sus aspectos dentro de la generación del 98. Por algunos pertenece a una "generación intermedia", inmediatamente anterior: fecha de nacimiento, ciertos modos mentales, papel de maestro ante los escritores del 98; pero por otros no pertenece a ella: fechas de actuación, contribución decisiva a la formación de algunos rasgos esenciales del 98. Su actitud ante algunos temas característicos de esta generación —europeísmo e hispanismo, renovación y tradición, tensión y marasmo, entre otros— a veces fue de concordancia, a veces de discrepancia. Se le puede, en suma, situar dentro del marco del 98 con algunas reservas; sin embargo, no se puede dejar de ponerlo también en relación con los pensadores posteriores al 98: Ortega y Eugenio d'Ors. Los tres forman, hasta cierto punto, un grupo independiente con características comunes y exclusivas.

Se puede decir que, en lo esencial, todos los grandes temas de Unamuno —el hombre de carne y hueso, la inmortalidad, la agonía del cristianismo, su concepción de Dios, de la poesía, el quijotismo, la intra-historia, etc.— están tratados en el libro de Ferrater en forma satisfactoria. Creo que es acertada la insistencia del A. sobre la absoluta inclasificabilidad de U., y quizá el mayor mérito del libro. Una y otra vez muestra Ferrater cómo no se puede encasillar a Unamuno dentro de las categorías tradicionales que aplicamos al resto de los filósofos: materialismo o espiritualismo, idealismo o realismo, etc.; se opone a la ya casi indiscutida concepción de un Unamuno exclusivamente irracionalista, arguyendo que para U. la realidad no fue uno de los extremos con exclusión del otro, sino la lucha entre ellos, igualmente existentes, la constante tensión, la 'agonía' entre lo racional y lo irracional, el hambre de inmortalidad y la sospecha de inmortalidad, el sentimiento y el pensamiento, la fe y la duda, la seguridad y la incertidumbre, el corazón y la cabeza, la vida y la lógica. En realidad, casi todo el libro es la aplicación de este criterio para todos los temas.

Juzga F. que el pensamiento de Unamuno está dominado por la imagen del "hombre de carne y hueso" —la realidad humana concreta—; su búsqueda implica la previa eliminación de todos los ídolos, en especial de los ídolos de las ideas, que U. diferenciaba cuidadosamente de los ideales, para poder encontrar al fin nuestra propia vida. Unamuno no definió al hombre como un ser irracional (lo que hubiera sido no menos abstracto que definirlo como ser racional), sino como la constante oposición y contradicción de lo racional y lo irracional, como la "tragedia", la continua guerra consigo mismo y el incesante anhelar la paz, sin jamás lograr la armonía. El análisis que hace sobre la diferencia entre el concepto del "hombre de carne y hueso" de U., y la "existencia" del "existencialismo", o la "vida" del "vitalismo" (pág. 38 y sigs.) es interesante, aunque falta algo de profundidad y precisión. (Según F. estos conceptos son teorías abstractas frente a la concepción de Unamuno).

En el cap. IV ("España — El mundo hispánico — El quijotismo") estudia las relaciones de U. con España y la concepción que tenía de ésta. El ser de España también fue intuitivo por U. como conflicto (conflicto consigo misma, con Europa, con el mundo). No se le puede situar dentro de alguno de los dos bandos —los hispanizantes y los europeizantes— que en su época se hicieron problema de España; quiso el "adentramiento", como Ganivet, no como retroceso, sino como "un con-

centrarse para irradiar". U. creyó que el espíritu hispánico, el espíritu humano y el espíritu quijotesco eran tres facetas de una misma realidad.

Al inquirir la razón de por qué escribió U. novelas, acepta F. la tesis de Marías —la novela, método de conocimiento, vía de acceso a la realidad humana—, pero cree hallar la justificación más honda en considerar la ficción no como una contraposición a la realidad, como lo que es frente a lo que no es, sino en tomarlas como aspectos de un mismo ser, entendido desde el punto de vista "del sueño como creación". (Para F., el realismo de Unamuno era un "realismo poético").

Especial atención merece el capítulo final: "La idea de la realidad". Aquí se propone responder a la pregunta "¿Qué quiere decir Unamuno por 'es real?'", mediante el análisis de su lenguaje. A Unamuno no se le puede clasificar dentro de las categorías corrientes (materialismo, idealismo, etc.). Para él no es lo real el puro hecho (ataques contra la "hechología") sino que éste es sólo un aspecto limitado de lo real. No hay solamente "lo que es": también tenemos "lo que significa", "lo que vale", "lo que quiere ser", "lo que se quiere ser". Además del puro hecho existe la petición de una finalidad. Rechaza todo ente metafísico "en-sí" por abstracto (por ej. la Idea, lo Uno, la Forma, etc.). Si se insiste en el empeño de encasillarlo en algún "ismo", pudiera decirse que es un "empirista radical". Real es, ante todo, lo entrañable (lo íntimo, el tuétano, el entresijo, el hondón, etc.), pero no lo oculto. Lo íntimo aparece en tanto que íntimo como fundamento —"lo entrañable es el 'dentro' de las cosas en tanto se muestra sin residuo fuera", pág. 127—; se está moviendo siempre en el movimiento de los seres vivos y es a la vez fuente inagotable, "el rayo que no cesa". Así como la historia es la "intra-historia", lo real es lo "intra-real", sin oposición entre un "intra" y un "extra"; aquí, al menos, no hay lucha por falta de contrincante. Real es lo denso, lo grave —por oposición a lo ligero, a lo sugestivo, etc.— y, en tanto que grave, es lo duro, lo recio, lo tangible, lo palpable; real es lo abrupto, entendido como lo discontinuo ("salto" de Kierkegaard), con una discontinuidad visible y en la que el "salto" es un modo total de existir; real es lo "contradictorio", existe bajo la forma de contienda, pues la oposición de los contrarios no es oposición lógica, sino el dinamismo trágico de la vida, la contienda entre lo limitado y lo ilimitado (a este propósito hay que recordar el conatus de Spinoza, que en Unamuno se convierte en la "avidez ontológica": cf. F. Meyer: *L'ontologie de M. de Unamuno*, 1955); real es lo perdurable, lo permanente concreto: persistencia creada, siempre amenaza de muerte; real es lo que siente —"lo que siente, sufre, compadece y desea"—, y por ello identifica lo real con la "conciencia", tomada en un sentido no idealista. No es lo pasivo sino la vehemencia, lo que se resiste a dejar de ser.

Creo que falta en el libro de Ferrater un análisis de las relaciones entre don Miguel y la filosofía, entre ésta y el conjunto de su obra; un análisis que determine cuál es el sentido fundamental de la totalidad de sus escritos, con objeto de establecer hasta qué punto y dentro de qué límites está justificado el intento —discutible por cierto— de hacer un 'bosquejo de su filosofía'.